







# El rayo de la muerte

Desde el año 1924, en que el inglés Grindell Matthews globo al mundo con el descubrimiento de su "rayo ardiente", hasta los momentos actuales, no se ha dejado de hablar de esta clase de rayos, que, con uno u otro nombre, terminarían en un instante con ejércitos enteros.

Se explica esa preocupación de hallar un nuevo método ofensivo, porque cada día se hace más evidente que la paz armada tiene que desembocar en una terrible guerra.

Uno de los experimentos más sensacionales en este sentido, fue el del doctor A. G. Britenstein, el cual produjo, según se dijo, un rayo que transformaba, en pocos segundos, el acero, la piedra y la madera en gases venenosos. Faltó poco para que alguno de sus estudiantes perciera asfixiado durante las experimentaciones.

El profesor ruso Boyka, anunció que había inventado un rayo ardiente, que podía ser proyectado hacia la tierra desde un aeroplano.

Al mismo tiempo Edwin E. Scott daba que tenía ya casi maduro el proyecto de una especie de "luz en conserva" que, a la distancia de kilómetro y medio, perforaría láminas de acero de dos milímetros de espesor.

Otro rayo destructor fué el ideado por Bernardo Johnson, ingeniero norteamericano, del cual se dijo que podía inmortalizar a un hombre a la distancia de media milla y destruir los árboles a menor distancia.

Caiba preguntar por qué no se han probado algunos de estos medios destructores en la actual campaña. Y es que casi todos estos experimentos realizados sobre una mesa de laboratorio, aparecen casi siempre negativos cuando se prueban en utilización en el campo de batalla.

Se sigue hablando, sin embargo, de ciertos procedimientos alemanes en este mismo sentido. En los años 1928 y 1929 los físicos alemanes Barkhausen y Kutz llegaron a producir ondas ultracortas de 43 y 48 centímetros de longitud, (lo que representa para aquel tiempo una importante realización), con lo que se observaba progresivamente al tipo de radio-ondas, que si es relativamente importante en el campo de la radiología, adquirió al mismo tiempo un particular interés para intentar experiencias electrobiológicas.

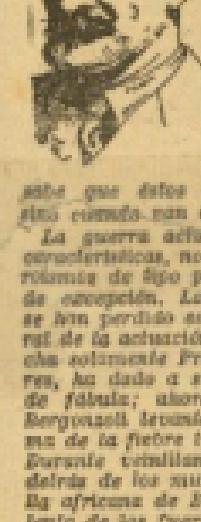
El profesor alemán Esan, en sus laboratorios de Berlín, llega a considerar un rayo entre dos planos metálicos separados entre sí por diez milímetros. En este espacio, que constituye el campo del condensador, moscas y ratones comienzan a volar instantáneamente. Los americanos siguen después el camino marcado por el profesor alemán y por no desmentir su fama de saber hacer las cosas de modo excepcional, ejecutan las mismas experiencias sobre animales vivos, como un perro, un mono, un buey. También en este caso los resultados son de muerte, al bien es verdad que el buey tarda noventa y dos minutos en caer por los efectos del rayo.

Aún se ve que hacia 1921 los resultados no sonaban de ser completamente satisfactorios, aunque las experiencias se ceban únicamente en monos, animales.

A pesar de todo, la idea sigue aferrándose en los últimos tiempos y se hace discutible que los efectos físicos de las ondas ultra-cortas producen graves daños en los organismos animales, ya que la resistencia natural que el cuerpo del hombre o de los animales opone a la corriente eléctrica, se traduce en una rápida elevación de la temperatura, que puede llegar a la parálisis del corazón. De ahí es que si las pruebas realizadas hasta hoy no han sido completamente satisfactorias, tampoco se puede excluir, para un porvenir poco próximo, la posibilidad del rayo de la muerte. — H.

## Figuras de actualidad

### Bergonzi



Un jefe militar se impone a sus tropas por su claridad, por sus condiciones personales o por ambas cosas a la vez. Los soldados cargan contra el enemigo cuando se sienten incitados con pericia e entusiasmo, en el momento digno de la batalla, siempre encabezados por la palma y la espada del general. Una corriente psicológica se establece entre uno y otros; la brevedad es siempre ejemplar y tiene una virtud imponente de atracción. Tal es el caso del general Bergonzi, figura de máxima actualidad en la guerra de África, hasta el punto de haber podido arrrebatar a sus enemigos los magotes y toda fortuna elegíos. Y ya se sabe que datos no suelen prodigarse sino cuando van en auxilio de la verosimilitud.

La guerra áfica, por sus especiales características, no ha dado al conocer África de tipo personal, salvo en casos de excepción. Los Italios invasores se han perdido ante ver en el coro general de la actuación colectiva. Basta la fecha solamente Frieri, capitán de los mares, ha dado a su apellido proporciones de fábula; ahora el general Ascenzo Bergonzi lleva su apellido por encima de la fiesta tumultuosa del combate. Bureni, voluntarios dice ha aguantado dentro de los muros defensivos de la villa africana de Bordia la económica violencia de las fuerzas inglesas.

Bergonzi es un militar de cuerpo entero. De los que entrega a su profesión todo lo fuerte y pugnaza de su personalidad, hasta convertirla en sacerdotio. Desde que visitó por vez primera el uniforme militar ha participado en todas las guerras en que su patria se vio empeñada. Y en alguna a la que fue impulsado por el sentimiento y la idea de la defensa de la civilización. De todos ellos sacó en alto el honor y la fama, ganadas en el campo de batalla, y de alguna la electricidad de las cinco sucesivas heridas con que fue ornado su cuerpo de guerrero.

Cuando los soldados quieren y admiran a un jefe suelen considerar con un nombre peculiar y familiar. A Bergonzi sus tropas le llaman el abarca eléctrica, por las rápidas y abundantes que muestra en rostro. Por el todo lo antedicho fuere transparente para Bureni tras de él la admiración y el calor cariñoso de sus soldados al general italiano presente, frecuentemente, dispuesto de esos gestos que constuman. Es alegre, duro y culto. Tiene para los sufridores el ceño arrugado que nunca presenta a sus tropas. Al sufrir le combate no dormido arriva de tres horas: al orgullo, no ostentando ninguna consideración al mérito, mostrándose por cinco horas durmiendo que recuerda los heridos enterrados en compañía. Su frío no puede ser más astringente; a veces al súbito lleva los estremecimientos de su cargo.

Entre las sucesivas generaciones Belluzzo, nacida en los años de la Gran Guerra, corre la fama de Bergonzi, uno de los más distinguidos jefes de la campaña de África. Destacó sobresaliente en los duros combates de Negroponte, en los que puso a prueba no solamente su valor personal, que le condujo a derroches de sangre, sino también su capacidad de comando y pericia táctica.

Busto ocurrió que la fama busco y estorbó a los hombres que trataban de extenderse al círculo de los demás, así Bergonzi rompió de los periodistas. Nunca se quiso en su cuartel general; si le interrogó un dirigente lo que pudieran decir de los periodistas. Quidó por eso se vengara de él estos chicos sociólogos a la admiración pública de los ruines humanas de Bureni, la villa africana conquistada por los ingleses.

## LIBROS NUEVOS



### Brantôme: "María Estuardo"

**E**DICIONES. Ave, de Barcelona. La versión española de José María Brantôme. El autor es un clásico en Francia. Y famosa su "Via de días" de sus galantes, en la que compone el amor renacentista de un Boccacio y de un Rabelais. Cortesano, guerrero, gran señor, amó la vida con frases, e impossibilitado durante sus últimos años, a consecuencia de una caída de caballo, dedicó a escribir sus recuerdos. Entre ellos, el merece rendirle y especial culto María Estuardo, de la que fué gran amigo y confidente y a la que acompañó cuando regresó a los 14 años a Escocia, viuda del rey Francisco II de Francia. No es la dolorosa etapa aterradora de sus años desventurados la que conoció Brantôme sino la adorable y encantadora, aquella cuya blanca de postre arrullada con la blanca de su velo; pero al debe el artificio de ja tola, suavísima ante el blanco de nieve de sus rasgos. Aquella misma, dada a estudios clásicos y que al no poder abandonar la vista de la tierra francesa, decía que lo quería lo contrario que a Dido, que siguió contemplando el mar una vez que knew hubo para, más, mientras que ella no podía apartar los ojos de la tierra.

Brantôme, ebrió buen caballero, ante la defensa de su dama. Toda de calumnias las acusaciones de que fue objeto. Ni ella tenía con David Riccio otras razones que las de señora a servidor; ni intervino para nada en el asesinato de su segundo marido, lord Darnley, ni estuvo nunca autorizada del lecho, Bothwell, aquél era el hombre más feo y malicioso que puede imaginarse. Termina Brantôme relatando al patético suceso de la soberana en una de las salas del castillo de Fotheringay, donde estaba cautiva... Y en ella rosada, como en María Antonieta, aquella exquisita cortesía de los últimos momentos, que no se nota que la forma de una sublime caricia cristiana. La austérica presencia sus ojos al verdugo por haber tropiezo, involuntariamente, con él, y la vacuosa perdona al suyo, y ante el cadalso, se dirige a su mayordomo, diciéndole: «Mis maestros que me ayudan a subir; es el último servicio que me prestardis».

Al estudio de Brantôme sigue en este pequeño volumen, otro de Saint-Sauve. Este no era en la inocencia total de María, pero hace suyas las palabras de aquél personaje de una novela de Walter Scott: «se dirá lo que se quiera, pero muchos curiosos nobles tomarán parte a favor de María Estuardo, aun cuando todo lo que de ella se cuenta fuese verdadero».

Saint-Sauve, María se enamoró de Darnley en un día y se desamoró con igual rapidez. No pudo perdonarle el asesinato de su marido y si no intervinó en su muerte, fué, por lo menos, cómplice de los asesinos. Pero no era sólo el deseo de la venganza lo que le acuciaba sino un nuevo amor: elconde de Bothwell, de Irlanda años, feo, pero de otra maridada, valiente, atrevido, violento, capaz de todas las crímenes. Y mientras Darnley permaneció asesinado, María asistió a un baile de disfraces en el palacio de Holyrood. Para la Universidad apagada y depurada el alma de María. Encantamiento, como ocurrió con María Antonieta, una causa se agranda y se transforma. No es ya la mujer ligera y apasionada, fastidiosa por su fragilidad y su incorrespondencia: es la heredera legítima de la Corona de Inglaterra, que está expuesta en su torreón a las miradas del mundo: una católica rica, impetuosa, que se niega a sacrificar su fe a los intereses de su amante y su a su propia vida.

JOSÉ MARÍA BELLOCH